

El Bujero

Carmelo M^a Cañete Rubio

El Bujero



Haga clic aquí para escribir texto.

Haga clic aquí para escribir texto.

Primera edición: marzo 2019

Depósito legal: AL 339-2019

ISBN: 978-84-1317-506-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Carmelo M^a Cañete Rubio

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Francisco J. Cañete Álvarez

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A mi familia, incluidos los gatos, Charlie y el Doctor Livingston

Haga clic aquí para escribir texto.

There is no difference between Time and any of the three dimensions of Space except that our consciousness moves along it

H.G. Wells – The Time Machine

(No hay diferencia entre el Tiempo y cualquiera de las tres dimensiones del espacio, excepto que nuestra consciencia se mueve a lo largo de él)

H.G. Wells – La Máquina del Tiempo

Haga clic aquí para escribir texto.

Un aullido.

Ese sería el término más adecuado para definir el sonido que rompió la noche e interrumpió, por un instante, los sonidos propios del campo, los grillos, el mugir de las vacas, el gorjeo de las aves, incluso el rumor del aire entre las ramas de la cercana higuera, pareció paralizarse durante un segundo.

Al aullido, que no parecía humano o animal, le siguió un sollozo que sí podía identificarse claramente como procedente de un niño.

El sonido atravesaba la puerta de madera colándose a través de la rendija que quedaba entre las dos hojas que la conformaban.

La puerta daba acceso a un edificio sin ventanas, viejo y no muy alto, en la oscuridad reinante no podía verse, pero a la luz del día se veía claramente que era un edificio casi sin mantenimiento, las paredes aparecían mal encaladas, con claras manchas de humedad recorriéndolas de arriba abajo.

Al lado, rompiendo muy brevemente la oscuridad, una luz temblorosa se filtraba a través de una ventana, un ventanuco casi, abierto en la fachada de otro edificio, cercano, algo más bajo y con trazas de ser una vivienda.

Sin embargo, a pesar de la cercanía, nadie salió, nadie sintió piedad, ni tan siquiera curiosidad, por ver que había provocado aquel desgarrador sonido.

En realidad, lo sabían. Dos de ellos no podían, el tercero no quería, hacer nada al respecto.

La luz se apagó, la noche siguió su curso, pero los gemidos no cesaron.

El amanecer trajo luz y movimiento a la casa, pero nadie fue al almacén.

Nadie quiso o pudo acercarse por allí hasta bien entrada la mañana.

Preámbulo

– ¿Qué si sé qué? – la frase sonó como “*¿qué zi ce qué?*”

Probablemente Cádiz sea la provincia de Andalucía donde el ceceo es más acusado.

Al mismo tiempo que hacía la pregunta, el anciano levantó una mano y la colocó sobre los ojos a modo de visera. Era una mano huesuda, artrítica, con la piel arrugada, oscura y curtida.

A pesar de la protección que le daba la improvisada visera guiñó los ojos, ya de por sí diminutos, que parecían ser de un color pardo, de hecho, de un color indefinido, y que con el guiño casi se convirtieron en una línea oscura, hundida entre montones de arrugas formadas por una piel cuarteada y de color bronce oscuro.

Estaba sentado en un sillón de madera sin barnizar oscurecida por el tiempo y la intemperie, pulida en las zonas donde los brazos permanecían durante muchas horas.

El sillón se hallaba colocado sobre una terracita, elevada poco más de medio metro por encima del nivel del suelo, a la que se accedía por tres escalones, cuyo frontal había sido cuidadosamente encalado, al igual que la fachada principal de la casa, impoluta en su blancura, adornada por un salteado de macetas colgadas cuyos tiestos habían sido pintados en diversos colores, todos alegres, amarillos, azules, rojos...

A pesar de que a primeros de octubre el sol lucía lo bastante poderoso como para ir en mangas cortas, el anciano vestía una camisa gruesa de manga larga y una americana, antigua y raída, de una tela que formaba cuadros a partir de rayas de diferentes gruesos, verticales y horizontales, que se entrecruzaban por grupos dejando entre ellas unos grandes cuadrados de un color gris claro sucio.

Era una americana decididamente vieja pero que, por aquellas curiosidades de la moda, se había vuelto a llevar ese año al que faltaba aún el último cuarto para terminar.

Los bolsillos de la americana aparecían holgados, como si estuvieran llenos de cosas. De uno de ellos sacó un pañuelo y se restregó los ojos con él, después se sonó la nariz y lo volvió a depositar en el deformado bolsillo.

El atuendo lo completaba una gorra de visera, escasa, que a menudo se quitaba para rascarse la cabeza moteada por escasos cabellos blancos y por incontables pecas oscuras que destacaban sobre el tono de piel que, en esa zona, era rojizo en lugar del tono bronce de las manos y la cara.

Una línea perfectamente definida marcaba el final de la protección que había proporcionado la gorra durante muchos años de tal manera que cuando se quitaba la gorra parecía tener algún tipo de gorro más claro debajo de ella.

- ¿Qué si sabe quién vivía en la casa que hay a cinco kilómetros de aquí? En aquella dirección – el guardia civil señaló con la mano izquierda, mientras alzaba ligeramente la voz, no fuera caso que el anciano tuviera problemas de oído – La que queda aislada de las demás, al otro lado de la carretera... que está medio caída – dijo a modo de aclaración haciendo un gesto con la mano como si hiciera un salto entre los dos lados del camino.
- ¿Aaah? ¿esa? – sonó “¿Aaah? ¿eza?” – claro, claro que lo sé – sonó “claro que lo ce”

El anciano enmudeció y el guardia tuvo que insistir – Y... ¿puede decírnoslo?

El anciano miró hacia arriba, como contemplando la enorme parra que cubría toda la terraza en la entrada de la casa.

Pareció interrogar a la parra durante unos minutos sobre la conveniencia de decir algo o volver a su mutismo habitual.

Nunca había sido un hombre de muchas palabras, lo que se había acrecentado con la vejez. Se quitó la gorra y se rascó de nuevo la cabeza mientras una

invisible abeja zumbaba sin que ninguno de los presentes le prestara la menor atención.

Cruzó los pies, que apenas tocaban el suelo, era un hombre bajo y ancho, pero con apariencia de haber sido fuerte.

Tocó con la mano izquierda el bastón que permanecía apoyado sobre el brazo del sillón y resopló inquieto.

Hizo ese gesto como buscando un soporte, algo a lo que agarrarse.

No es que tuviera nada que ocultar. Simplemente no le gustaban ni la gente ni las preguntas, especialmente si los que hacían la pregunta eran foráneos... o guardias civiles, lo que era peor aún.

Prefería, siempre que le era posible, contestar con monosílabos, o directamente no contestar, antes que extenderse en explicaciones, “nunca se sabe quién pregunta o para qué”, solía aleccionar a sus hijos cuando era joven.

- Claro – dijo al fin, casi haciendo un esfuerzo – ahí vivía Curro, Curro el Bujero – sonó como “*el buhero*” – Bueno... él y su familia.
- ¿El “bujero”?
- No, no, con jota, el bujero – volvió a sonar “*bujero*”
- ¡Ah ya entiendo!, el bujero – la frase del guardia civil sonó casi como un triunfo.
- Eso – “*ezo*”
- ¿Y los apellidos los sabe? De Curro, quiero decir.
- No... Aquí nadie se llama por el apellido... Se usa el nombre o el mote... si lo hay.
Además, él era mayor que yo y desapareció siendo yo un niño...
No me acuerdo mucho...
- ¿Y sabe por qué lo llamaban así? ¿el bujero?

Nuevo momento silencioso por parte del anciano ocupado en mirar a su alrededor y sobre todo hacia arriba, a la parra, que parecía ser la fuente de su inspiración.

- A él no – dijo al fin dirigiendo la vista al infinito por encima de las cabezas de sus interlocutores, que situados en la parte de abajo de la terraza se veían en la obligación de mirar hacia arriba para dirigirse al anciano – llamaban así a toda su familia, el mote viene de antiguo.
- ¿Y sabe usted el motivo de ese mote tan curioso? – el guardia ya no sabía cómo sacar más de tres o cuatro palabras seguidas de aquel hombre.
- Yo no sé... dicen... la gente ¿sabe usted?... que cuando acabó la guerra alguien de su familia... – hablaba como a saltos, haciendo pausas en las que desviaba la vista y miraba alternativamente al campo, a sus interlocutores o a la parra, era evidente que le resultaba molesto hablar del tema - Su padre creo que fue, volvió de la guerra presumiendo de los “bujeros” que le había hecho a los del otro bando, especialmente cuando fusilaban a alguien y, decía, que luego se acercaban al cuerpo a ver cuántos tiros habían acertado... así que... tanto hablar de “bujeros”, pues “bujero” empezaron a llamarlo... y ya sabe usted lo que pasa con los motes. Que se quedan en la familia “pa los restos”.
- ¿Usted lo conoció?
- ¿Yo? ¡claro! A todos, a Curro, a su hermana, a su padre y a su madre. Pero eran muy raros, mire usted – dijo decidido a contar algo con un poco más de extensión a ver si así se iban y lo dejaban en paz – Esa era gente muy rara. Los vecinos decían que eran malas personas. Yo no lo sé, pero lo cierto era que no se daban con nadie, no venían nunca a las fiestas y si podían evitar saludarte, ¡pues eso!
Mi padre y mi madre siempre estaban diciéndome que no me acercara por allí... Lo suficiente para que un crío se vuelva loco por ir a ver – lo dijo sonriendo y dejando escapar alguna carcajada muy leve, un sonido más parecido a la tos que a la risa.
Aquí, en el campo ¿sabe usted? No había muchas distracciones por aquel entonces. Por eso hacíamos fiestas en casa de éste o del otro...o en la ermita de la virgen. Eso duró hasta los años setenta ¿sabe usted?... ahora ya no se hace nada, los jóvenes cogen el coche y se van por ahí de discoteca y esas cosas. Pero antes nos juntábamos una

noche, bebíamos unas copitas de chiclana, cantábamos y bailábamos el chacarrá¹... nos lo pasábamos bien ¿sabe usted?...

De alguna forma había que relacionarse, especialmente con las mujeres, de ahí salían los noviazgos y las bodas ¿sabe usted?

Pues ellos a eso, a las fiestas, nunca, nunca venían – bajó la cabeza mientras negaba – ni los padres ni los hijos... ¡No venían ni a la cabalgata de la virgen...!

Yo creo que Curro debió pasarlo muy mal cuando era un crío... yo no sé, yo era muy chico entonces ¿sabe usted?... decían por ahí que su padre le daba unas palizas de muerte ¡por cualquier tontería! y que luego lo encerraba en un cobertizo que tenía y lo dejaba encerrado a oscuras durante uno o dos días... y eso con ocho o diez años... no crea usted que más... yo qué sé... yo no me meto en la vida de los demás... lo que sí es verdad es que mi madre me dijo que lo mandaron a estudiar interno, el bachillerato, y eso, aquí, en el campo, tampoco era muy corriente entonces... A lo mejor fue por influencia de su madre, que era diferente y quería alejarlo del padre.

Suspiró pensativo mientras volvía a negar con la cabeza - Vaya usted a saber... pero no crea que eso era con él solo, a su hermana le pasaba igual... solo que, a esa, que era algo mayor que él, no la mandaron a ningún sitio, ¿sabe usted?

El anciano cogió un botijo que tenía en el suelo, junto al sillón y bebió un largo trago, como si tantas palabras juntas le hubieran dejado la boca seca, lo volvió a dejar donde estaba, cuidando que le diera la sombra y cogió el bastón colocándolo entre las piernas y dejando reposar las dos manos encima.

¹ Fandango típico de la provincia de Cádiz